

Editado por la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, que lleva publicados más de veinte volúmenes de escritores argentinos y uruguayos, es de lamentar que este libro no llegue a las librerías chilenas. El acercamiento espiritual sigue siendo apenas un buen deseo de algunos.—C. P. S.



ROMANCE DE LUCES Y ESPADAS, por *Augusto Santelices*. (1)

Junto al nombre del poeta Julio Barrenechea, consagrado con su libro «Imagen del sueño», quedará el de Augusto Santelices entre lo bueno que nos ha dado la generación última de la lírica chilena. Despreciando modas pasajeras que sólo atraen nuestra curiosidad, sigue el camino diáfano de la sencillez, lleno de armonía su verso de fina sugerencia.

Muestra de su manera poética es este «Romance breve»:

Ya no veré las alas
blancas de su sonrisa:
ligera luz del alba
sobre una rosa lívida.

No escucharé su voz
como en sueños perdida.
No filtraba el silencio
gota más desvalida.

Ya no horada el camino
su delgada pupila.
Sol vencido en la niebla,
ventana sin sonrisa.

(1) Imprenta de la Escuela de Ciegos y Sordomudos.—Santiago. 1936.

Pero en todas las cosas
ha quedado su vida
como una inextinguible
fragancia contenida.

Y en todos los caminos
sus recuerdos se avivan
como las mariposas
en el trébol ardidadas.

Para los que viven a la caza de originalidades de forma más que de contenido, y se deslumbran ante lo que no les es dado desentrañar, este libro de Augusto Santelices les sonará a clasicismo fósil en su armoniosa claridad. Nosotros seguiremos pensando que está aquí la verdadera poesía, la de ayer y de siempre.

Sería llenar páginas y páginas el transcribir todo lo bello que contiene este libro de versos. «Sueño del amor que nace», uno de los romances más hermosos que se hayan escrito en Chile, bastaría en cualquier país para la consagración de un poeta.—
C. P. S.



LA CIUDAD DE LOS CÉSARES *por Manuel Rojas*.—«Editorial Ercilla».

Circula desde hace años por el sur de Chile, la leyenda de una ciudad fabulosa, habitada por hombres blancos, rubios y de azules ojos, y en la que abundarían el oro, la plata y las más fantásticas riquezas. En Magallanes oímos muchas veces pláticas sabrosas, comentarios inquietantes, divagaciones a media voz, en torno a esta Ciudad de los Césares que existiría plantada entre altas montañas y defendida por